

LOS DIOSES NO MUEREN JÓVENES

Miguel Rodríguez

Hace 15 años recibí una llamada de Felipe Pazos, en la cual me comunicaba el prematuro fallecimiento del más grande economista latinoamericano de su generación: Carlos Díaz-Alejandro. En medio de una emoción incontenible, Felipe—que quería a Carlos como a un hijo—me informó de las circunstancias de la muerte de nuestro entrañable amigo, y concluyó con el comentario: “Los dioses mueren jóvenes.” No siempre. Hace casi 6 meses murió en Puerto Ordaz, a la avanzada edad de 88 años, el propio Felipe Pazos, una de las figuras prominentes de América Latina en el siglo XX.

El destino quiso que los dos economistas más importantes de Hispanoamérica del último medio siglo fueran estos dos cubanos, que no pudieron contribuir al proceso de desarrollo de su país debido a la aciaga circunstancia política que rodea a Cuba desde hace más de 40 años. El exilio, sin embargo, permitió que ambos fueran figuras internacionales de enorme importancia. En el caso de Felipe, tuvimos la suerte de que se hiciera venezolano y que viviera y trabajara en nuestro país en los últimos 25 años.

Desde muy joven, Felipe Pazos se destacó como uno de los más brillantes economistas del continente. Doctorado en derecho y economía en las universidades de La Habana y Columbia, se convirtió en uno de los contribuyentes esenciales de la Conferencia de Bretton Woods, en la cual se crearon el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Luego de trabajar un par de años en el staff del recién creado FMI, regresa a Cuba a fines de los años 40 a organizar la creación del Banco Nacional, del cual fue su primer presidente.

A raíz del golpe de estado de Batista, en 1952, renuncia y eventualmente va al exilio, en donde se convierte en una de las figuras democráticas de mayor prestigio. En una asamblea, en 1958, el Movimiento 26 de Julio en el exilio (el brazo político de los insurgentes de la Sierra Maestra) lo aclama como el primer presidente de la Cuba revolucionaria. No acepta, pero apoya decididamente a la revolución que cree democrática. El recién inaugurado gobierno de Fidel Castro lo designa nuevamente presidente del Banco Nacional, de donde tiene que salir casi de inmediato cuando el gobierno se declara comunista y, en un acto de barbarie típica de esos regímenes, lo reemplaza por la singular figura del Che Guevara.

En el exilio nuevamente, trabaja para la Alianza para el Progreso y el Banco Interamericano de Desarrollo, hasta que en 1975 sus grandes amigos José Antonio Mayobre y Héctor Hurtado lo invitan a trabajar en el Banco Central de Venezuela. Aquí, en Venezuela, va a encontrar su segunda patria. El 2 de febrero de 1989, el presidente Carlos Andrés Pérez—en uno de sus primeros actos administrativos—lo designa como su director en el Banco Central de Venezuela (por lo cual me correspondió el honor y el privilegio de trabajar con él en ese directorio durante 3 años).

Felipe Pazos fue sin duda un hombre de acción, devoto del servicio público al que dedicó toda su vida. Sin embargo, será recordado por generaciones de profesionales y académicos de la economía y de la historia por su prolífica obra escrita que abarca un amplio abanico que va de la teoría pura al análisis histórico. Felipe fue uno de los más creativos teóricos del desarrollo económico, la sustitución de importa-

Felipe Pazos y sus Contribuciones a Cuba y a América Latina

ciones, el comercio internacional y de la dinámica de la inflación y de la hiperinflación, y uno de los análisis más sólidos del proceso de desarrollo latinoamericano en el siglo pasado. Su libro *Inflación crónica en América Latina* es un clásico en la teoría de la inflación y contiene uno de los análisis más originales y exhaustivos de los procesos inflacionarios de América Latina, e hiperinflacionarios de los países de Europa Central luego de la Primera Guerra Mundial.

Con su muerte se nos fue físicamente un extraordinario latinoamericano, cubano y venezolano. Felipe fue

una de esas figuras clásicas de antaño que conjugaban la inteligencia, brillantez y creatividad, con la honorabilidad, el amor a su familia y una excepcional condición humana. Los hombres de excepción, los dioses como él afirmara en su sentida evocación de Carlos Díaz-Alejandro, cuando les corresponde morir, pareciera que no mueren jamás. Al contrario, en medio de estos tiempos de graves dificultades para Venezuela, Cuba y América Latina, los valores que él representa serán los que nos permitan avanzar en la gran tarea de nuestra recuperación.